

al rey, explicaba las razones de este hecho, hablando de las disposiciones de los hombres de guerra alemanes: «Son, decía, de tres especies: unos que se dicen evangélicos y se lanzan contra vos como contra su principal perseguidor; otros que se llaman papistas (y se lanzan contra vos) como contra el turco, porque los imperiales no os bautizan de otro modo.» En cuanto á la tercera «especie,» eran los que simplemente buscaban un sueldo y se habían descorazonado al ver que el rey de Francia no enviaba dinero.

El ataque de Francisco I contra el Piamonte irritó al emperador, á quien la muerte de Sforza había colocado en situación muy difícil. Carlos V, en un consistorio celebrado en Roma en 17 de abril de 1536, pronunció contra Francisco I un discurso vehemente, quejándose de no haber recibido proposiciones de acuerdo que le habían sido anunciadas; imputando al rey de Francia que persistía en reclamar el ducado de Milán para el duque de Orleáns y en hacer creer que él, el emperador, había ofrecido el ducado á este joven príncipe; echándole en cara que hubiese invadido los Estados del duque de Saboya; acusándole de haber violado los pactos convenidos en Cambray con sus intrigas en Alemania y en Italia; «justificándose de la monarquía que anteriormente se le había querido imputar;» y protestando de su persistente deseo de evitar á la cristiandad los males de la guerra y de mantener la amistad con Francisco I, á quien, aparte de esto, ofrecía aún el combate personal «en el mar ó en tierra» para dirimir sus contiendas.

El embajador imperial fué expulsado de Francia en 2 de junio de 1536 y la guerra general comenzó en Picardía, en los Alpes y en los Pirineos. Francisco I había adoptado en todas partes algunas medidas de defensa; por lo menos, así lo declaraba para tranquilizar á las poblaciones.

«Queridos y bien amados, sabedores del gran rumor de guerra que puede correr por todo nuestro reino y deseando el reposo y la tranquilidad de cuerpo y de espíritu de todos nuestros buenos y leales súbditos, hemos querido daros cuenta del gran orden y provisión que hemos dado en todas las fronteras, entradas y pasajes de nuestro reino, que son tales, que por grandes que sean los aprestos que hayan podido hacer nuestros enemigos para la ejecución de sus malignas y condenadas empresas, sólo podrán sacar de ellas vergüenza, vituperio y perjuicio (1)...»

Pero, salvo en el Norte, en donde habían sido fortificadas algunas plazas, el reino estaba mal protegido contra una invasión; el ejército de los Alpes, sobre todo, era insuficiente.

El primer resultado de la ruptura de hostilidades fué la separación de Chabot y la reinstalación al frente de los negocios públicos de Montmorency, el cual fué nombrado, en 14 de julio, teniente general del rey «así auquende como allende los montes,» con plenos poderes hasta para entablar negociaciones. Al cardenal du Bellay confióssele la organización de la defensa de las fronteras del Norte y del Este. El rey marchó á Lyon y luego, en agosto, á Valence, pues se sabía que Carlos

(1) Carta de Francisco I á los habitantes de Sens, de 15 de julio de 1536, reproducida en la *Chronique du roy François I*, págs. 172 y 173.

llevaba el propósito de atacar la Provenza, que estaba casi desguarnecida.

Montmorency, para resistir al emperador, resolvió rechazar todo combate en campo raso y sacrificar la Provenza, y queriendo convertir á ésta en un desierto, mandó incendiar las aldeas, destruir las cosechas y concentrar las tropas en Arlés, Aix y Marsella. Y aun hizo más, que fué llevar la línea de batalla á Avignón, plaza ocupada por el ejército real á fines de junio (2), y establecer allí un campo atrincherado formidable. El rey llegó allí el día 12 de septiembre, cuando estaban terminados todos los preparativos; el Consejo real se había opuesto durante mucho tiempo á que se trasladase al campamento porque su presencia á pocas leguas de distancia del emperador habría obligado, siquiera por pundonor, á tomar una ofensiva que no se quería emprender (3).

El emperador había pasado los Alpes en 25 de julio y entró en Brignoles el 9 de agosto y el 10 en Aix, abandonada por Montmorency. También estaba amenazado el Langüedoc, respecto del cual, según se decía, tenía Carlos V «propósitos particulares;» pero Tolosa había sido fortificada y en ella se había pasado revista á 35.000 hombres en estado de llevar las armas. Los españoles fueron rechazados delante de Narbona y esta fué sin duda una de las causas del fracaso definitivo de la expedición á Provenza; porque si Carlos hubiese logrado hacer penetrar un ejército de España en Langüedoc y en Provenza, la unión de esas tropas con las suyas habría comprometido gravemente la situación del rey en Avignón.

En el entretanto, el ejército imperial padecía extraordinariamente á causa del hambre; y habiendo resultado inútiles varias tentativas contra Arlés, Tarascón y Marsella, el emperador levantó su campamento de Aix en 14 de septiembre y emprendió una retirada bastante atrevida, si bien hay que advertir que durante ella los franceses apenas le molestaron. Esto no obstante, cuando pasó el Var, en 23 de septiembre de 1536, no llevaba á Italia la mitad del ejército que de allí había salido.

En el Norte de Francia, el conde de Nassau, que mandaba «los borgoñones,» había pasado la frontera en julio, y después de una tentativa contra Saint-Quentin, habíase presentado en 12 de agosto delante de Peronne. Desde el 13 de julio, el duque de Vendome y el cardenal du Bellay venían pidiendo á París 40.000 libras para pagar á una parte de las tropas; y habiéndose exigido en 17 de agosto 120.000 libras á los habitantes de aquella capital, y habiendo éstos hecho algunas objeciones, Vendome les escribía: «No parece sino que deseáis que la guerra se os acerque.» Sin embargo, el Ayuntamiento trabajaba con gran energía (4), y el mismo rey escribía á Montmorency: «No hay menos (en París) de veinte mil obreros trabajando todos los días.»

(2) Rey, *François I et la ville d'Avignon*, 1515-1547, 1895.

(3) Un grave incidente había contribuido á aumentar la animosidad entre Francisco y Carlos, á saber, la muerte repentina del Delfín acaecida en 10 de agosto de 1536, pues se supuso que había sido envenenado por su escudero Montecuculli, instigado por Antonio de Leiva y hasta por Carlos V. Este hecho dió ocasión á innumerables manifestos. Montecuculli fué descuartizado en 7 de octubre.

(4) *Registre des délibérations du bureau de la ville de Paris*, tomo II, 1527-1539, 1886 («Histoire générale de la ville de Paris»).

La «Crónica» de Francisco I añade: «Para hacer esto, fueron devastados y demolidos muchos hermosos huertos del lado de Saint-Denis en France, que es toda la flor y bondad del dicho París, porque son los aguazales en donde crecen las habas, guisantes, coles, puerros y otras comodidades.»

A este precio fué rechazada la invasión del Norte como lo había sido la del Mediodía; en efecto, el conde de Nassau, después de un mes de asedio, levantó el sitio de Peronne. «No se hallará que ninguna ciudad de nuestro tiempo haya sido batida con tantos cañonazos, ni combatida con tantos asaltos, ni defendida con tanto valor y virtud.» El heroísmo de los habitantes fué celebrado en canciones, letrillas y baladas, y numerosos epitafios en verso recordaron la gloriosa muerte, durante el sitio, del Sr. de Damartín «cuyas virtudes merecen que se le denomine el otro Alejandro ó el Colón de Roma.»

Precedió á la campaña de 1537 una sesión solemne del Parlamento de París, en la que se confiscaron á Carlos V los condados de Flandes, de Artois y de Charolais. Parecía, pues, que la guerra se desarrollaría en la Picardía y en el Artois. Montmorency quería realizar allí un gran esfuerzo, pero no fué quizás de este parecer el rey, quien, después de algunos éxitos, decidió enviar una parte del ejército al Piamonte, si bien á poco vióse obligado á ordenarle que regresara en vista de que los españoles amenazaban Therouanne, cuando se creían terminadas por esta parte las operaciones. Por doquier reinaban la incoherencia y el desorden; pero afortunadamente se firmó en 31 de julio una tregua para toda la región del Norte.

En el Sudeste habíanse suspendido de hecho las hostilidades después que hubo regresado á Génova «el emperador, quien no se movía de una habitación, mal acompañado y tan triste, que maravilla.» Francisco I había nombrado al cardenal de Tournon, por letras de 2 de octubre de 1536, teniente general del Lyonais, del Delfinado, de Provenza, de Saboya, del Piamonte, del Langüedoc y de Borgoña (1), de suerte que Lyon vino á ser como una segunda capital de Francia. Pero Montmorency había diseminado el ejército de Avignón y lo que de él quedaba constituía tanto un peligro como un socorro, porque se componía de franceses, suizos, italianos y alemanes cuyos jefes vivían en perpetuos conflictos, en tanto que los soldados cometían «latrocinios, robos, violaciones de doncellas y de mujeres casadas y depredaciones.» En el mes de octubre, los lansquenetes y los suizos habían declarado que saquearían Lyon y Vienne si no se les pagaba en seguida, y el cardenal hubo de buscar dos millones para pagar los gastos de guerra, pidiendo dinero prestado á todos, á los lyoneses, á los florentinos y á los luquenses establecidos en Lyon. «Sacad de ellos (de los florentinos) cuanto podáis,» le escribía Francisco I; pero el cardenal contestaba que «había agotado su crédito y casi su juicio.» De aquí que las operaciones militares fuesen desastrosas, habiéndose perdido en julio de 1537 el

(1) Isaac, *Le Cardinal de Tournon, lieutenant-général du roy á Lyon* («Posit. des mém. pour le diplôme d'études de la Fac. des lettres de Paris,» 1901).

Piamonte, excepción hecha de Turín, Savigliano y Pignerol, plazas sitiadas por los españoles.

Pero después de la llegada del rey á Lyon, en 2 de octubre, Montmorency tomó el mando del ejército del Piamonte, forzó el paso de Susa, hizo levantar los asedios de Turín y Pignerol y reconquistó casi todas las pequeñas ciudades que habían caído en poder del enemigo. La guerra que hacía era terrible y en una ocasión mandó ahorcar á un capitán español que se había defendido en un puesto secundario, «para dar ejemplo á los que se obstinan en plazas de tan escasa importancia.»

#### IX.—Niza y Aigues-Mortes

Entretanto, después del fracaso del emperador, se habían reanudado las negociaciones de paz, comenzadas ya en plena campaña de Provenza, y el año 1537 terminó con una doble tregua, la de Bomy, pactada para el Norte en julio, y la de Monzón, firmada en 16 de noviembre para Italia.

Una vez más, y no fué la última, se vió que estos dos soberanos, que no podían vivir en paz, eran incapaces de sostener hasta el fin una lucha decisiva.

Carlos V continuaba teniendo preocupaciones en Alemania y su hermano Fernando en Hungría. En 1537, Solimán había alcanzado una gran victoria en Eszek, Esclavonia. Francisco I, por otra parte, comprendía que la alianza inglesa era poco sólida y que por ambos lados estaba reducida á una mera apariencia, y al mismo tiempo inquietábase la conducta sospechosa de su hermana Margarita y de Enrique de Albret, que por un momento acariciaron la esperanza de recobrar la Navarra mediante una inteligencia con Carlos (2).

Las conferencias en el entretanto celebradas en Leucate para tratar de la paz, no habían dado otro resultado que prolongar las treguas, en vista de lo cual el papa, secundado por María de Hungría, por la reina Leonor y por Montmorency, propuso á los dos adversarios que negociaran personalmente en presencia suya. La entrevista de los tres verificóse en junio cerca de Niza; pero, á decir verdad, sólo se comunicaron indirectamente, pues el papa estaba alojado en un arrabal del Este, el rey en otro del Oeste, de donde no salió, y Carlos V en su galera que no abandonó ni un momento, y lo único que se logró fué una tregua que dejaba á Francisco I la Bresse, el Bugey y dos terceras partes del Piamonte y á Carlos V el resto del Piamonte y el Milanésado.

Apenas había transcurrido un mes, los dos príncipes, que no habían querido verse en Niza, se vieron, con gran sorpresa de todos, en Aigues-Mortes, en 14 de julio. La reconciliación, al parecer, fué completa: Francisco I y Carlos se prodigaron los testimonios de amistad; durmieron en el mismo aposento y se proclamaron unidos como hermanos; pero, en realidad, uno y otro se habían dado por satisfechos con simples palabras y se habían engañado mutuamente con manifestaciones artificiosas. Las dos grandes cuestiones, la del concilio general, que interesaba al emperador para pacificar la Alemania, y la del Milanésado, que Francisco I no po-

(2) Respecto de la cuestión de Navarra, véase págs. 103, 120 y 133.

día resignarse á abandonar, habían quedado sin solución concreta. Había en todo aquello una mezcla curiosa de cálculo y de sentimentalismo.

La noticia de la paz fué recibida en Francia con gran satisfacción, y en París mandóse que se encendieran fogatas porque la ciudad confiaba en librarse de las peticiones de hombres y dinero que la agobiaban. Muchas partes del territorio estaban casi arruinadas; y no solamente las regiones del Norte y del Mediodía, en las que se habían realizado las invasiones, sino también en las del centro, en donde las depredaciones de los vagabundos y de los hombres de guerra habían causado daños sin cuento en 1537 y 1538, á pesar de las continuas ordenanzas reales.

En cambio la reconciliación de Francisco I con el emperador produjo un efecto deplorable en los aliados ó en los auxiliares de Francia: los protestantes se veían amenazados y todos se sintieron perjudicados indirectamente ó quebrantados. «En verdad, escribía el embajador francés en Inglaterra, si los alemanes y los italianos no están satisfechos, tampoco los de aquí lo están.» Y por un momento pensó Enrique VIII en retirar de Francia su embajador.

#### X.—Inteligencia cordial con el emperador

Francisco I se inquietaba muy poco por todo aquello, pues, según su costumbre, hallábase dominado por la impresión de momento. En la entrevista de Aigues Mortes habíase trazado un programa de acción común.

«Además, se ha tratado entre el cardenal de Lorena y el condestable de Francia y el Sr. de Grantvelle, de lo tocante á los remedios de los negocios públicos y se ha convenido, en primer lugar, en persuadir á los desviados de nuestra antigua religión á que se sometan y concilien amigablemente y que el dicho señor rey y yo lo apoyemos; y en que por tratado de nuestro dicho Santo Padre la cosa se determine; y asimismo en proceder con buenas y poderosas fuerzas no sólo á la defensa, sino á la ofensa contra el turco, tal y tan potente como se requiere. En lo que el dicho señor rey ha demostrado tener muy buena voluntad y deseo de que las cosas se efectúen sinceramente.»

Del mismo modo que el canciller Poyet decía con bastante candidez á los regidores de París en 1539: «Antes hemos visto al emperador y al rey en gran enemistad, pero ahora, gracias á Dios, están en gran amistad,» Montmorency declaraba «que en adelante se pueden considerar como una misma cosa los negocios del uno y del otro,» y algún tiempo después escribía á la regente de los Países Bajos que estaba dispuesto á «servirla» como el gentilhombre del reino sobre quien tenía «más poder para mandar.»

Reproducíase, pues, aunque de una manera mucho más marcada, la política intentada después de la paz de Cambrey, pero siempre con la misma contradicción, es decir, inteligencia con el emperador y conservación de las alianzas con los enemigos de éste; y por consiguiente iban á reaparecer, repitiéndose fastidiosamente, las mismas combinaciones de elementos ingleses, alemanes, italianos y otomanos.

Después de la tregua de Niza, Montmorency, á quien

la campaña de Provenza había elevado á una altura desmesuradamente grande, volvió á ser el segundo personaje del reino, y de hecho tal vez el primero. El rey le confirió en 1538 el más elevado cargo de Francia, la condestabla, y decía en las letras de provisión:

«Considerando las muy grandes, claras, laudables y muy recomendables costumbres y virtudes que se juntan en la persona de nuestro muy querido y amado primo, Mariano, señor de Montmorency..., por las cuales hemos descansado enteramente sobre él de nuestros mayores secretos y mas arduos asuntos, que tan bien y prudentemente ha dirigido, guiado y administrado en tiempo de paz y de guerra y en todos los lugares y sitios en donde ha sido necesario, que Nos y el pueblo de nuestro dicho reino le debemos perpetua alabanza, recomendación y remuneración, le otorgamos, previo parecer y deliberación de los príncipes de nuestra sangre y de otros notables personajes de nuestro consejo privado y secreto, el empleo de condestable de Francia.»

Montmorency, jefe del ejército en su calidad de condestable, recibió también del rey «el cuidado de todas sus guerras y poder sobre la hacienda, como él mismo, y generalmente sobre todos sus negocios,» lo cual equivalía á hacer de él un verdadero primer ministro.

Esforzóse en complacer en todo á Carlos, con la esperanza, bien cándida por cierto, de obtener de él concesiones que habrían sido de parte del emperador actos de pura generosidad. María de Hungría, hermana del emperador, fué á Compiègne en octubre de 1538 y obtuvo la promesa de que el rey no socorrería ni al duque de Güeldres ni á los flamencos, ni haría nada en el Milanesado. Una cosa preocupaba entonces gravemente á Carlos V por el lado de los Países Bajos: los ganteeses, que se habían negado á pagar la tasa que les había sido impuesta en 1537, sublevarónse en 1539 y llamaron en su auxilio al rey de Francia, invocando precisamente la sesión del parlamento de París en 15 de enero de 1537, que había afirmado nuevamente sus derechos de soberanía sobre Flandes. Pero el rey no quiso dar oídos á aquella demanda y dejó al emperador en completa libertad de acción, contando con la restitución del Milanesado.

Carlos temía la vía marítima, siempre expuesta á azares, sobre todo en un momento en que estaba en relaciones poco cordiales con Enrique VIII; y parece que después de haber hecho explorar la voluntad del rey de Francia acerca del paso por sus Estados, tuvo luego la habilidad de hacerse solicitar por él. «El cardenal de Lorena y el condestable, escribía el embajador español, hacen todo lo posible para conducir á feliz término los negocios y para inclinar al rey en pro de los deseos de S. M. I.» En efecto, Carlos, que todavía abrigaba cierta desconfianza, obtuvo todas las garantías que reclamó: cartas del rey, del delfín, de Enrique de Albret y de Margarita; y además Montmorency se comprometió por su honor con Granvela á que ni por un instante «se hablara de negocios.» Grandes fueron la estupefacción y la irritación en Roma, en Londres, en Venecia y en Constantinopla, cuando, en noviembre de 1539, se tuvo la seguridad oficial del viaje.

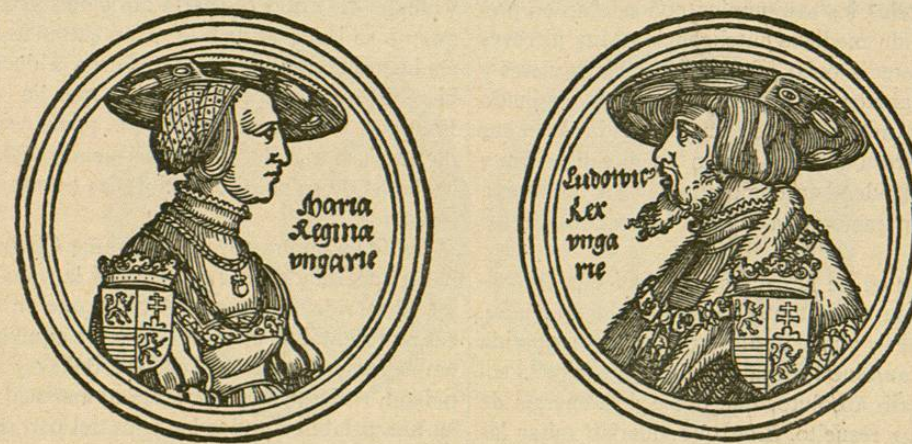
Carlos atravesó la Francia triunfalmente y en 1.º de

enero de 1540 entró en París, en donde permaneció hasta mediados del mes continuamente obsequiado con ceremonias y fiestas espléndidas. El día de su entrada en la capital pudo admirarse un Hércules que sostenía dos columnas con la divisa de Carlos V: «Siempre más allá,» y en la banda del dicho Hércules las palabras: «*Altera alterius robur.*» (una columna) hace la fuerza de la otra), alusivas á la alianza de los dos príncipes.

Los soberanos tomaron poca parte en las fiestas, el emperador porque sufría un enfriamiento y el rey porque se le había reproducido la enfermedad que comenzaba á minarle y contra la cual se apelaba inútilmente á todos los remedios. Por lo que se refiere á los temores del

tiera las amenazas que entrañaban, sea que fuese incapaz de renunciar á su Milanesado; y por otra parte, Fernando era enteramente opuesto á la cesión de los Países Bajos y decía: «Es la ruina y la destrucción completa de nuestras casas de Austria y de Borgoña.»

A los pocos días de haber salido Carlos de Francia, era ya imposible conservar la ilusión, tan cuidadosamente mantenida por Montmorency, de la inteligencia entre los dos reyes. En efecto, dejaron de celebrarse entrevistas prometidas y el emperador fué dando largas á la cosa hasta que se rompieron las negociaciones en el mes de junio de 1540. Desde aquel momento, creyóse de nuevo en la inminencia de una guerra.



El rey Luis de Hungría y su esposa María. (Facsimile de un grabado en madera de Alberto Durero.)

emperador, á veleidades de violación de la palabra empeñada, á las anécdotas relativas al delfín ó á Mme. de Etampes, todo ello es pura fantasía, y la promesa hecha de «que no se hablaría de negocios» se cumplió exactamente.

Pero Francisco I y sin duda también Montmorency contaban con algo y este algo seguía siendo el Milanesado. Es verdad que el emperador había hecho ó aceptado insinuaciones, cuando las negociaciones de paz, y que había pensado en dar al hijo menor del rey, el duque de Orleans, el Milanesado junto con la mano de su hija María; pero luego, antes ya y sobre todo después de su viaje, concibió la idea de constituir para el joven príncipe un patrimonio compuesto de los Países Bajos, del Franco Condado y del Charolais, idea á primera vista extraña, pero que se explica por su «pasión borgoñona» y que él justificaba en los siguientes términos: «Es que hemos conocido continuamente desde (hace mucho tiempo) el sentimiento que los dichos países (se trata, sobre todo, de los Países Bajos) tienen por estar tan largo tiempo sin su príncipe natural, por lo que se muestran duros y difíciles con divisiones y parcialidades entre sí, emociones y terquedades, irritación, menosprecio y descontento de verse gobernados por quienquiera que sea.» Además, sabiendo que el duque de Orleans no tenía simpatía alguna por su hermano el delfín, esperaba que de aquel modo se formaría al Norte de la Francia un Estado molesto para ella. Francisco I acogió mal estas proposiciones, sea que presin-

## CAPITULO V

### FIN DE FRANCISCO I (I)

I. Procesos é intrigas de la corte. — II. Papel que representan Enrique VIII y Solimán. — III. Nuevo rompimiento con Carlos V. — IV. Crepy y Ardres. — V. Muerte del rey.

#### I.—Procesos é intrigas de la corte

Las intrigas de la corte influyeron directamente en la política y contribuyeron á complicarla.

Francisco I era siempre el mismo hombre suntuoso,

(1) Añádanse á las fuentes y obras citadas en la página 265: G. Ribier, *Lettres et Mémoires d'Etat des roys, princes, ambassadeurs... sous les règnes de François I, Henry II et François II*, tomo I (empieza en 1537), 1666. *Correspondance politique de M.M. de Castillon et de Marillac, ambassadeurs de France en Angleterre, 1537-1542*, publicada por Kaulek, L. Farges y G. Lefèvre-Pontalis, 1885 («Inventaire analyt. du Minist. des Aff. étrangères»). *Correspondance politique de Guillaume Pellicier, ambassadeur de France à Venise, 1540-1542*, publicada por A. Tausserat-Radel, 2 vol., 1899 («Inventaire analyt. du Minist. des Aff. étrangères»). *Commentaires et lettres de Montuc maréchal de France*, editados para la «Soc. de l'Hist. de France» por A. de Ruble, tomo I, 1864. Juan Zeller, *La diplomatie française vers le milieu du XVI siècle d'après la correspondance de Guillaume Pellicier...* (tesis de la Facultad de París), 1881. P. de Vaissière, *Charles de Marillac, ambassadeur et homme politique sous les règnes de François I, Henri II et François II, 1510-1560* (tesis de la Facultad de París), 1896. A. de Ruble, *Le mariage de Jeanne d'Albret*, 1877.